

# Luis Ortiz Macedo

## Entre el ayer y el hoy

### Diana Ramiro Esteban

Maestra en arquitectura, investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios de Posgrado de la Facultad de Arquitectura, UNAM

**A**rquitecto y restaurador de monumentos, pintor, poeta, orador, dibujante, coleccionista de dibujos y objetos de arte..., Luis Ortiz Macedo posee un perfil singular, el de conocedor y enamorado de lo antiguo, irónicamente lo necesario para mantenerse a la vanguardia.

Ortiz Macedo inició su formación como arquitecto en 1951 en la entonces Escuela Nacional de Arquitectura, alojada en el edificio de la Academia de San Carlos. Desde su casa familiar, en el pueblo de Tlalpan, viajaba en camión para llegar al centro de la ciudad, recorriendo paisajes urbanos y rurales; "una ciudad compacta y concentrada", según sus propias palabras, de la cual guarda memoria como testigo de lo bueno y de lo malo, de lo construido y de lo destruido.

En 1954, cuando Ciudad Universitaria abrió sus puertas, Ortiz Macedo y su generación se vieron expuestos a la modernidad. Ahí, lejos de la añeja Ciudad de México, el nuevo campus materializaba el pensamiento arquitectónico dominante, ejemplo perfecto del funcionalismo en el que se formarían varias generaciones. Quedaba atrás la Academia de San Carlos, donde habían convivido pintores, escultores y arquitectos, para dar paso a una integración plástica propia en la formación de los arquitectos de entonces. No hay duda de que esa antigua formación, aunque de corta duración, echó raíces y fructificó en Luis Ortiz Macedo.

Dos años antes se había celebrado el Congreso Panamericano de Arquitectos, que reunió a famosos profesionales de América y Europa, cuyo telón de fondo fue la todavía incipiente Ciudad Universitaria. Frank Lloyd Wright, Richard Neutra, Walter Gropius, Gio Ponti y varios más, declararon su asombro ante la magna obra, que ilustraba un México potente, con un futuro halagador. No es de extrañar que ante este contexto, la Escuela de Arquitectura atrajera una matrícula estudiantil enorme, la cual se enfrentó a una escasa planta docente, obligando a las autoridades a integrar estudiantes al claustro de profesores.

Así, con tan sólo 19 años y a menos de la mitad de la carrera, Ortiz Macedo se inició en la docencia por invitación de Ricardo de Robina, arquitecto que marcó rumbo al joven estudiante y con quien estableció una entrañable amistad. Es de notar la labor del arquitecto De Robina, profesor de la Escuela Nacional de Arquitectura e innovador en el campo de la conservación patrimonial, disciplina que, hasta entonces estaba esencialmente en manos de los profesionistas de la arqueología. La relación entre ambos llevaría a Ortiz Macedo a entender a la arquitectura, su historia y preservación de manera novedosa, contrastándose con aquella que regía en la academia, presidida por el pensamiento funcionalista, para el que poco o nada importaba el pasado.

Además, hubo otros notables profesores que impulsaron su formación: Juan de la Encina, consejero idóneo para su labor docente de la materia de Historia de la Arquitectura; Vladimir Kaspé, de quien Ortiz Macedo tiene un recuerdo especial por su talento como arquitecto; también Alonso Mariscal, Augusto H. Álvarez, Carlos Mijares y César Novoa, todos amigos, catedráticos y colegas profesionales que estuvieron a partir de esos momentos en el círculo que le rodeó.

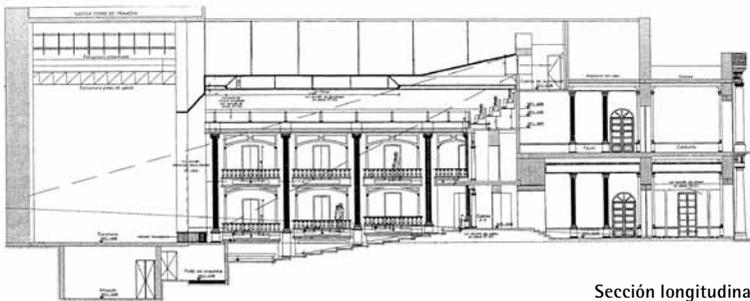
Antes de concluir sus estudios de licenciatura, Luis Ortiz Macedo se incorporó al ejercicio profesional de la arquitectura, principalmente con el proyecto y construcción de casas habitación y edificios; también tempranamente incursionó en el campo de la restauración de monumentos, en la Parroquia de San Mateo en Tepetlaco (1953) y en la ex hacienda El Altillo (1956). En



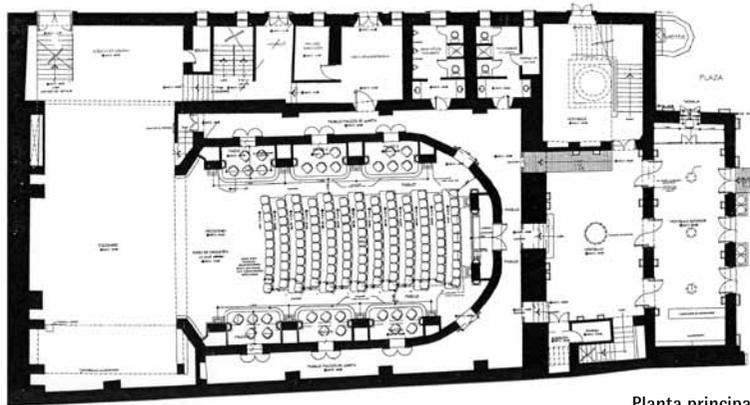
Erudito y polifacético, Luis Ortiz Macedo, con 30 años de docencia, ha ocupado los cargos institucionales más relevantes en el campo de la conservación del patrimonio cultural; es, además, un prolífico autor y arquitecto



Adecuación y restauración del Teatro Principal de la ciudad de Puebla, en colaboración con Héctor Azar, 1993  
Archivo Luis Ortiz Macedo (LOM)



Sección longitudinal



Planta principal

Adecuación y restauración del Teatro Ángela Peralta en colaboración con José Luis Ruvalcaba y Araceli Bravo, San Miguel de Allende, Guanajuato, 2007  
Archivo LOM

esa época se integró a la Dirección de Obras Portuarias de la Secretaría de Marina, donde en colaboración con César Novoa trabajó como arquitecto proyectista en Ensenada, Baja California y Mazatlán.

En 1960 presentó su tesis de licenciatura, *La conservación de los monumentos históricos y artísticos en México*, documento que señaló una preocupación inusual en la Escuela de Arquitectura de entonces. En este trabajo reflexionó sobre la disciplina de la restauración y la importancia de la conservación arquitectónica, así como sobre un juicio estricto con respecto a la realidad mexicana, una afrenta crítica al pensamiento funcionalista imperante y al papel que al respecto desempeñaban los arquitectos del momento.

Ese mismo año solicitó y ganó una beca para estudiar en Francia; allí se integró a un curso enfocado a formar a los jefes de monumentos históricos de las provincias galas y obtuvo el Diploma Superior de Restauración de Monumentos. Su interés en la disciplina de la conservación y su admiración por el viejo mundo, se sumaron a una invitación del arquitecto Edouard Monnet para trabajar en el taller de arquitectura del Consejo de Europa en Estrasburgo, haciéndose cargo de proyectos y obras en la emblemática ciudad normanda de Ruán, víctima de los destrozos nazis, urgida de la mano del restaurador.

A su regreso a México, centró su labor profesional y académica en el Bajío, especialmente en la ciudad de Guanajuato, donde en 1963 fundó el Instituto de Restauración de Monumentos, el primero en América, cuna de la primera maestría en Restauración de Latinoamérica; en esa misma época ocupó el cargo de director de la Escuela de Arquitectura, también con sede en la Universidad del estado. Por invitación del entonces gobernador Juan J. Torres Landa, se integró como vocal del comité Pro Guanajuato, posición que le brindó la oportunidad de desarrollar las propuestas y puesta en marcha de 32 proyectos urbanos en áreas monumentales, además de la restauración de diversos edificios históricos.

Posteriormente, volvió a la Ciudad de México donde fue nombrado jefe del Departamento de Monumentos Coloniales y de la República, del INAH, institución en la que se mantuvo a partir de 1966 y durante dos años desempeñando distintos cargos, incluida la Dirección general. Allí, en colaboración con el arquitecto Jorge L. Medellín, intervino en las plazas de Santo Domingo, Santa Catalina, Regina Coelli y Santa Veracruz, además en el Jardín de San Fernando y en la Rotonda de las Personas Ilustres del Panteón de Dolores, todos ellos espacios fundamentales de la Ciudad de México a los que se consideró oportuno rescatar del olvido con motivo de los Juegos Olímpicos. Este proyecto de escala urbana y no sólo arquitectónica fue aprovechado magistralmente por Ortiz Macedo para desarrollar la idea incubada años atrás —promover la restauración integral— en la que el monumento y el contexto urbano se pertenecen mutuamente, y al revitalizar uno se revitaliza al otro. Aun a pesar de las cuatro décadas que nos separan de estas intervenciones y del abrumador descuido del cual han sido objeto, es posible apreciar en ellas el fruto del talento



Proyecto de intervención, Plaza de la Santa Veracruz en colaboración con Jorge L. Medellín  
Centro Histórico de la Ciudad de México, 1966  
Archivo LOM

y cuidado con el que fueron planeadas; se percibe la mano del restaurador que comprende el origen y evolución de los edificios y su contexto, y la del arquitecto preocupado por realizar una obra en la que la volumetría, la escala y el detalle permitan una lectura clara entre lo viejo y lo nuevo.

Son también de esta época muchas otras obras de restauración, como la Plaza de Armas de Zacatecas, el Teatro Principal de Puebla, el antiguo hospital de indios en Teocaltiche, Jalisco, y algunas intervenciones al conjunto conventual de Acolman. También estuvo encargado de la primera restauración del ex convento de La Encarnación, sede de la SEP en la Ciudad de México,



Vista actual de la Plaza de la Santa Veracruz  
Fotografía: Alfonso Zavala



Plaza de Santo Domingo, archivo LOM



Vista actual de la Plaza de Santo Domingo intervenida en 1966 en colaboración con Jorge L. Medellín, Ciudad de México. Fotografía: Alfonso Zavala

de la plaza de acceso del templo de Santo Domingo en Puebla, del Palacio de Cortés en Cuernavaca y del proyecto de restauración para el Palacio Nacional, este último en sociedad con los arquitectos Sergio Saldivar, Carlos Chanfón y Pedro Moctezuma.

Terminada su gestión en el INAH, fue nombrado subsecretario de Enseñanza Técnica y Superior de la SEP y a menos de un año se le encomendó la Dirección general del INBA, desde donde promovió la difusión y preservación del patrimonio cultural de distintas formas, ya con la organización de exposiciones de artistas y arquitectos mexicanos, con artículos, conferencias y otras, como la creación de 66 casas de la cultura en el país, gestión que aún rinde frutos.

Desde su posición en el INBA también participó en algunos proyectos internacionales como los monumentos al Benemérito de las Américas en Roma, Guatemala y Santo Domingo (1972); del mismo modo, colaboró en el proyecto de la Plaza Juárez para la ciudad de Washington. Datan de esta época la restauración integral del Palacio de Bellas Artes (1972) y de la Pinacoteca Virreinal (1973), y los proyectos para el Museo Regional en Tepic, Nayarit. En ese entonces sus distinguidos logros en la profesión le valieron importantes reconocimientos: la Medalla al Mérito por el gobierno italiano (1972), su incorporación como miembro honorario a The American Institute of Architects con sede en Washington (1972), y la Legión de Honor, de manos del gobierno francés (1973).

Es de notar que la labor de Luis Ortiz Macedo ha mantenido, tanto en la práctica de la conservación como en la del

Terminada su gestión en el INAH, fue nombrado subsecretario de Enseñanza Técnica y Superior de la SEP y a menos de un año se le encomendó la Dirección general del INBA, desde donde promovió la difusión y preservación del patrimonio cultural



Vista actual del Teatro Esperanza Iris, desde 1976 Teatro de la Ciudad  
Fotografía: Patricia Méndez

proyecto y obra del profesional tradicional de la arquitectura, una combinación poco común. De esta manera, cuando dejó sus labores como funcionario público, pudo fácilmente reintegrarse al ejercicio independiente, recibiendo importantes encargos, como el proyecto para el conjunto turístico Las Alamedas (1977), en la ciudad de Houston, Texas, y el proyecto urbano Santa Cruz Atoyac (1980) consistente en 18 torres habitacionales; también proyectó y construyó varias casas residenciales y edificios de departamentos y oficinas. En el ámbito de la restauración trabajó como asesor con el arquitecto Édgar Vargas en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica (1982) y en el Teatro Esperanza Iris en la Ciudad de México con el arquitecto Ricardo Prado (1984).

En las últimas décadas, Luis Ortiz Macedo ha sido autor de numerosos proyectos y obras, especialmente dirigidos a la restauración. Destaca, por su importancia, el inmueble en la calle Moneda núm. 2 (1996), solar que ocupó parte de la Real y Pontificia Universidad de México y que hoy alberga al PUEC (Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad). En 2002 recibió el encargo, por parte del Fideicomiso del Centro Histórico de la Ciudad de México, del proyecto de restauración y remozamiento de la Alameda Central, mismo que supuso el amable reto de considerar a la escultura, a la arquitectura y al espacio abierto como un conjunto. Para ello, Ortiz Macedo proyectó cuatro hermosos pabellones prefabricados que hubieran podido colocarse en las secciones próximas a las esquinas de la Alameda, así como la restauración de las esculturas decimonónicas y el traslado de algunas provenientes de otras partes de la ciudad. Un proyecto original y adecuado que todavía espera su turno. Su reconocida trayectoria en el ámbito de la restauración lo ha hecho acreedor de continuos encargos como la Basílica de Guadalupe, en la Ciudad de México, y la Catedral de Tulancingo, en el estado de Hidalgo, restauraciones en las que participa actualmente.

Además de una prolífica vida en el ejercicio profesional, sobresale otra de las venas de Luis Ortiz Macedo: la que corresponde a su obra literaria. Desde los años sesenta se preocupó por documentar y analizar algunos problemas provenientes de la práctica profesional así como por cultivar y

divulgar el conocimiento de la arquitectura histórica, el arte y el urbanismo, temas que puso al alcance de distintos sectores mediante numerosos artículos de divulgación en periódicos y revistas nacionales e internacionales. Pero si bien desde joven tuvo un gusto particular por escribir, en las últimas dos décadas esta actividad se volvió necesaria.

Destacan de los últimos años *Elogio y nostalgia de Tlalpan* (2004), que como bien revela su título, describe a partir de la experiencia y el recuerdo, la arquitectura y devenir de su natal San Agustín de las Cuevas; *Edouard Pingret. Un pintor romántico francés que visitó el México del mediar del siglo XIX* (2004), obra en la que el autor manifiesta su admiración por el México decimonónico; *La historia del arquitecto mexicano: siglos XVI-XX* (2004), que descubre el anhelo de Ortiz Macedo por documentar y difundir el papel de la arquitectura y de sus actores, llevando al lector a reconocer a la arquitectura —según palabras del autor— como "una de las más potentes razones de orgullo para el pueblo de México".

Se suman a su curriculum literario múltiples publicaciones de diversos géneros, en donde el ensayo y la crítica tienen un papel fundamental. También hay que apuntar su obra poética, expuesta en la reciente publicación *Reinos de la memoria* (2008), donde descubre sentimientos íntimos que enlazan la vida, la muerte y por supuesto la historia, el arte y la arquitectura. Otra obra de giro personal es *Ópera mínima: anotaciones de viaje* (1993), en la que su conocimiento del arte occidental le permite presentar una reflexión crítica sobre cuatro momentos: la Verona manierista, la Praga barroca, la Viena preneoclásica y el México republicano; son de elogiarse los dibujos a pluma realizados in situ, en distintos periodos, y que a más de ilustrar los textos, forman parte fundamental del contenido.

Y es que el dibujo parece ser para Luis Ortiz Macedo uno de los mayores gozos; es así como registra su concepción sobre el arte y la arquitectura. Con una capacidad cultivada para la plástica, pone el ojo tanto en una pequeña casa vernácula del Bajío mexicano como en la poderosa fachada románica de una iglesia gala, sabiendo reconocer el mérito de cada una; también,



Cabaña O'Connor en Tapachula, Chiapas, 1989  
 Archivo LOM



Cabaña en el Desierto de los Leones, Cuajimalpa, Ciudad de México, 1966  
 Archivo LOM

aprovechando este talento, ilustra por propia mano obras y proyectos. Su idea de que la fotografía no puede sustituir al dibujo y de que la pluma, el lápiz y el papel son las herramientas del arquitecto, queda manifiesta en la gran cantidad de hermosos dibujos en los que el detalle y precisión resguardan la realidad. Es enorme su acervo de croquis, dibujos y acuarelas, material que ha servido para la puesta de más de una veintena de exposiciones individuales y colectivas.

Además de sus muchos cursos y conferencias, Ortiz Macedo ha compartido experiencia y conocimiento desde el ámbito de la docencia. Son más de 30 años en los que, sin interrupción, ha impartido en la Facultad de Arquitectura su materia al alimón con José Manuel Mijares y Mijares y dirigido numerosos trabajos de tesis de maestría y doctorado. Este apego a la UNAM lo llevó a ser miembro, de 1998 a 2003, de la Junta de Gobierno de nuestra Universidad.

Pretender sintetizar el trabajo de Luis Ortiz Macedo a lo largo de su vida, como se ve, resulta complejo; su obra es vasta y las áreas donde ha pisado son muchas. Pienso que gran parte de su recorrido puede almacenarse en el concepto de promotor cultural; es decir, defensor, protector y fautor. Su apoyo a distintas empresas culturales ha dejado huella en México: recordemos el ímpetu mostrado para formar la primera escuela superior de Restauración en Guanajuato, la colaboración para ver nacer el Festival Cervantino o el continuo ir y venir por el país impartiendo conferencias; su posición como vocal ejecutivo del Consejo del Centro Histórico y el impulso para que, en 1987, Xochimilco y el Centro Histórico de la Ciudad de México fuesen declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. El importante número de reconocimientos que acompañan su trayectoria apuntan a ello, así como su labor desde distintos sectores, ya como presidente del Instituto Cultural Domeq, de Fomento Cultural Banamex, del Seminario de Cultura Mexicana o de la Academia Nacional de Arquitectura, desde la dirección del INBA o del INHA, o desde un aula de nuestra Universidad.